EL AMOR SIRVE PARA DORAR LA PILDORA

AUNQUE parezca un poco raro, el amor es una de las más útiles armas para la propaganda política de las películas intencionadas. Es, en efecto, fácil observar que los idilios cinematográficos suelen servir de engañosa golosina bajo la que se esconde la más inesperada tesis política. He aquí, por ejemplo, a la habitual concurrente a las salas de cinematógrafo frente a una cinta que desarrolla las querellas de una pareja más o menos envidiable: él es un mozo elegante, despreocupado, alegre y, naturalmente, bueno: ella es una hermosa niña sentimental y caprichosa, pelean entre sí y discuten porque sus inmejorables corazones no acaban de entenderse a causa de una serie de pequeños equívocos y de malos entendidos. La habitual concurrente, que puede ser una modesta mecanógrafa, una obrerita hilandera más modesta aún, o cualquiera de esas muchachas que pertenecen al ejército de mujeres explotadas por el capitalismo, cobra una espontánea simpatía por los desdichados amantes que en la película sufren de tan insistente modo y acaba, como es natural, por pensar y sentir como sienten cada uno de los dos. Ya su simpatía y su solidaridad están bien preparadas, surge entonces, como un fugitivo pero impresionante relámpago, una frase, una afirmación de alguno de los dos infortunados amantes, en la que se habla de las perforaciones de este mundo, tan mal entendido por ciertos rebeldes históricos, o de la tranquilidad y la buena inteligencia con que pueden arreglarse todos los asuntos pendientes que hay en al tierra siempre que los pobres y los ricos se convenzan de que deben hablar un lenguaje común; frase que naturalmente es contestada por el otro miembro de la amorosa sociedad con otra de iguales alcances y que aparece, a la larga, como la clave para que ambos corazones se pongan mutuamente de acuerdo e inauguren la más brillante de las felicidades, contemplada por las dulces lágrimas de la alegría de la espectadora, que naturalmente ha recibido, sin darse cuenta, la fácil convicción de que este mundo, así como está, es de lo más perfecto que existe y que sólo basta un poquito de buena voluntad y otro poquito de amor del bueno para encontrarle sus virtudes. Al día siguiente, cuando la apacible devota del cinematógrafo oiga decir que la huelga de los trabajadores de la línea de camiones Santa María Mixcalco ha sido declarada ilegal, pensará, recordando inconscientemente la tesis escondida de la película de la tarde anterior, qeu eso ha estado bien, que no es conveniente que los choferes y los cobradores anden armando bulla contra los señores propietarios de los camiones. Y hasta es posible que se pregunte: ¿por qué los obreros de los camiones, en lugar de hacer una huelga no trataron el problema con amor y buena voluntad?

Y así ocurre con millares y millares de espectadores de cine que reciben persistentemente las dosis adecuadas de optimismo, de fe en el mundo capitalista y en sus capitanes, millares y millares de espectadores que son, en su mayoría, precisamente las víctimas de la opresión capitalista y de todas sus consecuencias; pero a quienes el cine acaba por desarmar, por destruirles la posibilidad de adquirir alguna vez conciencia de su situación, adormeciéndolos y engañándolos con falsas esperanzas y con anhelos religiosos; pero igual de eficaces.

Más de un noventa por ciento de las películas de segunda y de tercera clase, de esas que se producen deliberadamente para servir de relleno en los programas, para rodar infinidad de veces por las pantallas de los cines populares, para exhibirse en salas baratas ante el público pobre de las barriadas obreras, para servir a los cines de aldea, es decir, de esas películas que tienen la mayor cantidad de espectadores del pueblo, más de un noventa por ciento decimos, consisten en argumentos dulces de esa clase, como envoltura para dos o tres afirmaciones fundamentales, que a fuerza de ser repetidos con diversas palabras y en situaciones semejantes, pero en medio de distintos decorados, acaban por alojarse firmemente en la conciencia nublada de los espectadores.

Pero también una gran parte de las llamadas superproducciones tienen su enervante escondido. Y lo hemos de ver pronto.

INVASION

LA imagen de la guerra sigue presente en las pantallas de nuestros principales cinematógrafos. Mientras en uno de ellos sigue exhibiéndose "Convoy", en otro pasa un película titulada "Mujeres de Guerra" y en un tercero "Invasión". Sin contar con la multitud de películas bélicas de todas categorías que andan por todos los cines de barrio, ni con los noticieros gráficos que pasan por todas las salas y que están destinados casi íntegramente a las escenas de la guerra, con una tendencia predominantemente anglófila.

"Invasión" es en verdad una pésima película, un verdadero fraude cinematográfico. Mala dirección, mala interpretación, mala realización, mala fotografía, mal desarrollo, mal gusto, malo todo. Seguramente se trata de una de esas películas de tercera categoría producidas rápidamente para explotar sin ningún escrúpulo, el interés de la contienda europea. Su estreno en un cine de las pretensiones del que la exhibe no demuestra más que la inmoralidad tradicional de nuestros empresarios de espectáculos, el interés de ganar dinero rápida y fácilmente a costa de un público ingenuo, dispuesto a dejarse engañar por todas las publicidades.

Esta cinta pretende aparecer, por medio de un prólogo que se hace leer a los espectadores antes de su desarrollo, como una película anti-guerrera, como una contribución a la campaña pacifista que muestra los horrores de la guerra. Lo cierto es que no es nada de eso, en primer lugar porque es una producción infumable, y en segundo porque no es, aunque se cuida de advertirlo en el introito mencionado, imparcial. Es posible que la falta de imparcialidad resulte realmente de la torpeza de los realizadores, que en otros aspectos alcanza un límite completamente inefable, aunque puede ser que sea también lo único que en la cinta se hizo con verdadera habilidad. El hecho es que al presentar un ángulo de la lucha entre alemanes e ingleses, son éstos los que resultan favorecidos, pues el papel de espía, de traidor, aunque por disciplina; pero traidor al fin, está destinado a un alemán que, a pesar de ser lo más parecido a un buen muchacho durante una parte de la película, al último traiciona la amistad, el amor y la hospitalidad de una familia inglesa lo más próximo a lo angelical que pueda concebirse, y que no tenía más defecto que el de ser un poco confiada y desatenta a los peligros de la guerra. Y aunque todos los personajes perecen en un bombardeo, como una muestra de que la guerra no debe existir —como si la guerra existiera por sí sola, por puros deseos de pelear de algunos inflamables equivocados, y no porque existen mercados en disputa—, el resultado es que los ingleses logran contener una invasión.

No puede decirse otra cosa de esta caricatura cinematográfica.

LUCHA CONTRA LAS GANANCIAS

EL PROBLEMA DE LOS PRECIOS, EN BUENA PARTE ESO ES

(Viene de la 1a. pág.)

quiera que sea el procedimiento que las autoridades usen, tenderá necesariamente a lograr una reducción de esas utilidades. Si no lo hacen así, el resultado de cualquier presión para bajar los precios, redundará en perjuicio de los campesinos y ejidatarios de la República.

El campesino mexicano viene siendo explotado desde tiempo inmemorial por los comerciantes. Cuando las grandes haciendas eran las dueñas de las cosechas más cuantiosas, el hacendado, con mayor cultura y preparación que el ejidatario actual, se defendía de los comerciantes guardando en sus trojes el maíz y el frijol, para venderlos cuando los precios fueran mejores. Los pequeños agricultores, obligados a vender para satisfacer sus necesidades inmediatas, realizaban sus granos desde luego, a precios bajos. Ahora, el campesino pobre está en peor situación; sin crédito prácticamente, vende al "tiempo" sus cosechas a precios miserables y se ve forzado a realizar los granos que levanta y que le quedan libres, al precio que buenamente quieran pagarle.

Sin precio remunerador en el mercado, el campesino se limita a producir estrictamente lo que necesita para ir viveindo; no le interesa sembrar más, porque muy poco va a recibir de lo que lleve a vender a las plazas de los pueblos. La escasez de la oferta levanta los precios en las grandes plazas de consumo, pero muy pocas veces esos precios repercuten en el campo. Cuando esto llega a ocurrir, el campesino se anima, siembra más el año siguiente y entonces, la abundancia de la oferta, abate los precios en el campo; el campesino se encuentra de nuevo con que nada vale su trabajo de un año y, desmoralizado, deja de sembrar lo que no necesita para subsistir.

Este juego absurdo de la economía de los mercados, que caracteriza a nuestra sociedad, está llamado a producir los peores resultados; el juego de las famosas leyes económicas lleva precisamente a eso, el desajuste, a las crisis, al círculo absurdo de que hablamos en el párrafo anterior. Nadie se ha atrevido a decir que mentimos; los más audaces, sólo tienen una frase que arrojarnos encima "son —dicen—, doctrinas exóticas". Es —replicamos nosotros apegados a la triste realidad mexicana—, la verdad auténtica de nuestra miserable economía agrícola.

Frente a lo anterior, una cosa es fundamental: la protección del precio rural. Es indispensable garantizar al campesino un precio por sus cosechas, que sea suficientemente remunerativo para que tenga interés producir; de otra suerte no habrá pro-

(Pasa a la pág. 7)

QUINCE MESES DE LAVAL

Fuertemente atrincherado en el histórico edificio del Quai D'Orsay de corredores estrechos y viejas oficinas, a partir de la muerte de Luis Barthou, Pierre Laval guió durante quince meses, las relaciones exteriores de la Tercera República. Fué Ministro de Negocios Extranjeros en el gabinete Flandin que duró siete meses. Luego que éste enseguida cayó y tras del incidente un poco cómico del gobierno presidido por Fernando Bouisson, que duró un solo día, Laval formó un gabinete suyo, que a su vez duró otros siete meses.

Ya estaba interiorizado de los secretos del Quai D'Orsay, pues prevaimente había trabajado en él por tres años después de la renuncia de Aristides Briand. Siendo entonces Primer Ministro, había ido a Berlín en 1931, con Briand, para visitar al canciller alemán Bruening. Se cuenta que le dijo estas palabras al severo, ascético católico Bruening: "En Francia necesitamos muchos hombres como usted". El gobierno alemán se manejaba entonces mediante decretos de emergencia. Después de sus conferencias con Laval, Bruening dijo a los miembros de su gabinete que el estadista francés se había interesado mucho por conocer el funcionamiento de esos métodos semi-dictatoriales de gobierno.

Laval llevó al Quai D'Orsay la astucia y testarudez que se atribuyen a las gentes de la región de Auvergne, de donde es nativo. Esta zona volcánica y montañosa de la región sur del centro de Francia, de bellezas ásperas y de violentos contrastes, da individuos rudos y frugales. Llamarles frugales es poco; son mezquinos y avaros más bien. Los auverneses son los escoceses de Francia y en los chistes y anéctodas juegan un papel análogo al de éstos.

Algunos biógrafos de Laval sostienen que es hijo de un carnicero, pero otros afirman que su padre era dueño de un café. A juzgar por su cara, se podría considerar que él mismo es un carnicero. Es de peso medio, rechonchado y encorvado. Tiene la complexión propia de sus paisanos, de ojos negros con grandes párpados, labios gruesos y salientes y dentadura amarilla por el tabaco. De ahí que durante años, los periódicos nazis, con cierto sadismo, se divirtieran haciendo circular un retrato de Laval que presentaban como ejemplo destacado del "negroide y degenerado pueblo francés". Pero las cosas se olvidan pronto y bastó con una indicación de la oficina de propaganda de Goebbels para que hasta los rasgos de Laval se ganaran la simpatía nazi.

Es innegable que hay cierta brutalidad en Laval, que deja una impresión imborrable. El hondo sentimiento de repugnancia que produce su aspecto, no alcanza a borrarse ni siquiera por la astucia y suavidad que tiene, ni por su fino sentido de lo que agrada al interlocutor o por la sutil explotación que sabe hacer de las debilidades que halla en los demás.

Originalmente, Laval proviene del partido Socialista francés. Durante cierto tiempo, cuando era joven, fué maestro de escuela en su pueblo natal. Después estudió leyes en París. Su primera posición importante fué en el departamento legal de los sindicatos de la región de París. Un poco antes de la guerra logró destacarse como "abogado de pobres". En el partido Socialista conoció a Aristides Briand, poco antes de que éste abandonara las filas del partido. Hay la leyenda de que causó tal impresión en Briand, que éste habló de él en términos entusiastas al líder socialista Jean Jaurés. Algunos fieles partidarios de Laval, hasta citan las palabras de Briand en estos términos: "Hoy conocí a un joven verdaderamente notable. Le recomiendo que se fije en él".

día derrotar a cualquier enemigo submecanizado, aunque éste fuese mucho más numeroso. El otro partidario de la mecanización era Paul Reynaud, el diputado por París, de grandes ambiciones y de quien se sabía que disfrutaba de relaciones excelentes con las grandes finanzas y el Estado Mayor. También él había publicado un libro en el que pedía la creación de seis divisiones de choque, por lo menos.

Mientras tanto, los dos partidos de la extrema izquierda, Socialista y Comunista, conferenciaban entre sí. El primer impulso hacia la unión había sido dado mediante la manifestación común del 12 de febrero de 1934, que se vió seguida por ofertas reiteradas de los comunistas a los socialistas, proponiendo una acción conjunta. Después de cinco meses de negociaciones, ambos partidos firmaron un pacto de acción común que los obligaba a "movilizar a toda la clase trabajadora contra el fascismo, a defender las libertades democráticas, y a luchar unidos contra el nuevo peligro de guerra y en pro de la liberación de las víctimas del terror fascista en Alemania y Austria". El mismo 12 de febrero, mientras los antifascistas de París se reunían en los campos de Vincennes, se levantaban barricadas en Viena. Durante varios días hubo guerra civil en Austria, entre los obreros y el ejército del canciller Dollfuss. Las famosas barriadas de casas obreras de Viena, fueron atacadas a cañonazos y ametralladas. Se entronizó en Austria el fascismo clerical; los sindicatos, que habían sido poderosos, fueron disueltos y a los socialistas y comunistas se les puso fuera de la ley.

Los acontecimientos anteriores causaron una profunda impresión en el pueblo francés, que con la implantación del terror nazi en Alemania empezó a percibir verdades importantes. Es incuestionable que todo ello sirvió para apresurar la firma del pacto de acción conjunta.

Los dirigentes socialistas franceses aceptaron esta nueva alianza con los comunistas, muy a regañadientes y con numerosas reservas. Un mes después de que se había firmado oficialmente el pacto, el Comité del Partido Socialista, o sea el organismo nacional dirigente, rechazó por 22 votos contra 8, una moción en favor de la unidad. Entre los 22, estaba el líder del partido, León Blum. El comité adoptó una resolución declarando que el momento era inoportuno y difícil para llevar adelante conversaciones con los comunistas. Sin embargo, esta moción evidentemente contrariaba los deseos de muchos miembros del partido. Hubo manifestaciones unidas, una tras otra. Blum expresó sus propios temores en el periódico del partido, "Le Populaire", diciendo: "Parece como si nos halláramos en una empinada pendiente y nos viéramos llevados hacia abajo, más por la fuerza de la gravedad qeu por voluntad propia... Es muy natural la sensación de no saber exactamente hacia dónde nos encaminamos...."

El 27 de julio de 1934 se fimó el pacto. Al día siguiente, cerca de 50,000 personas se reunieron en el panteón de París para concurrir al vigésimo aniversario del asesinato del gran socialista francés Jean Jaurés, consumado al estallar la primera guerra mundial.

El sentimiento general más profundo en el pueblo de Francia era el odio al fascismo. La unión la fraguaba la vida misma. Dentro de la política francesa se veían ahora invertidos los papeles, pues en tanto que desde que se firmó el tratado de Versalles la política de la derecha había sido defender el tratado como inmutable e inviolable y la de la izquierda, por contraste, consistía en atacar sus iniquidades e injusticias, ahora era el movimiento obrero francés el que pedía enérgicamente una política de resistencia al hitlerismo, en tanto que los partidos que representaban los grandes negocios de Francia preconizaban la idea de hacer concesiones a los nazis.

El pacto entre socialistas y comunistas no podía dejar de tener repercusiones en las filas de los radical-socialistas. El ala izquierda del partido Radical-Socialista se puso en movimiento. Había corrido ya más de la mitad del período legislativo de cuatro años, y por consiguiente se avecinaban las elecciones. Los diputados radical-socialistas comenzaron a dar acogida más entusiasta a los planes de alianza electoral con los socialistas y comunistas. Sólo de esa manera podían tener seguro su regreso a la Cámara, de acuerdo con las innumerables cartas e informes que les mandaban sus electores. La opinión pública no mostraba ningún indicio de inclinarse en favor de Doumergue y su gobierno, sino todo lo contrario.

Para fines de octubre de 1934, la atmósfera de París, otra vez se hallaba en tensión eléctrica. Corrían muchos rumores en el sentido de que los "Cruz de Fuego" estaban planeando un nuevo putsch. El coronel de la Rocque pronunciaba discursos hinchados y amenazadores, contra "quienes conspiran para derribar a ese gran patriota Doumer-